

“SÓLO UNA IDEA”:
JOSÉ F. RAMÍREZ Y LA DEFENSA
DE LA SOBERANÍA EN TEHUANTEPEC

Ana Rosa SUÁREZ ARGÜELLO

Después de convertirse en un país transcontinental, Estados Unidos de América precisó de una ruta más corta entre sus litorales atlántico y pacífico, que evitase a sus barcos el largo rodeo hasta al cabo de Hornos, les permitiera participar en el comercio con Asia para aprovechar al máximo su costa occidental. Para obtener esta ruta, en plena guerra con México, su gobierno trató en vano de asegurarse el “paso y tránsito” por el istmo de Tehuantepec.³⁴⁷ Sin embargo, no renunció al proyecto: en marzo de 1849, Robert P. Letcher, el ministro en México, recibió instrucciones de negociar un tratado que protegiera los capitales estadounidenses que se invertirían en Tehuantepec, pues Peter A. Hargous, hombre de negocios de Nueva York, había adquirido de José de Garay la concesión para construir una vía interoceánica por el istmo y poblar las tierras baldías a sus lados, concesión otorgada por Santa Anna en 1842.³⁴⁸ Unos meses después, en 1850, Hargous fundaría con otros socios la Tehuantepec Railroad Company (TRC).³⁴⁹

Cuando Mariano Arista ocupó la presidencia de nuestro país en enero de 1851, se topó con un tratado que —a su juicio y del de quienes le rodeaban— arriesgaba la soberanía nacional, y con que, sin siquiera haber éste entrado en vigor, la TRC ya estaba trabajando en el lugar.³⁵⁰ Se topó con que

³⁴⁷ James Buchanan a Nicholas P. Trist, Washington, 15 de abril de 1847 y José Joaquín de Herrera, Bernardo Couto, Miguel Atristáin e Ignacio Mora y Villamil a Trist, Casa Alfaro, Chapultepec, 6 de septiembre de 1848 en Bosch, *Documentos*, 1983-1985, vol. 4, pp. 707 y 777.

³⁴⁸ “Message”, Washington, 27 de julio de 1852, 32º Congreso, 1ª sesión, *Senate Executive Documents*, núm. 97, serial 621, pp. 163-168 y 174-177.

³⁴⁹ John M. Clayton a Robert P. Letcher, Washington, 18 de septiembre de 1849, “Message” en serial 621, pp. 10-13.

³⁵⁰ “Message”, serial 621, pp. 16-17, 46-47, 52-53, 129-130.

la empresa tenía una oficina en Nueva Orleans y un grupo de exploración en el istmo que, en ese momento, se ocupaba de abrir caminos, habilitar puertos para recibir suministros, reclutar jornaleros, comprar equipo y materiales de construcción,³⁵¹ que comenzaba a vender tierras y ponía anuncios en la prensa para atraer accionistas, emigrantes y jornaleros.³⁵²

Se topó además con que debía firmar, casi de inmediato, el tratado que le dejó el gobierno anterior, un tratado por lo demás muy favorable a Estados Unidos y a la TRC,³⁵³ y enviarlo a Washington. Allí, en marzo de 1850, el Senado y el presidente Millard Fillmore lo aprobaron y ratificaron, se remitió a México el 5 de mayo, en pos de la aprobación y la ratificación oportunas.³⁵⁴ Con todo, la actitud del nuevo gobierno hacia Estados Unidos fue, desde el inicio, más firme que la de su predecesor. Existía la seguridad de que ceder a los apremios de los vecinos del norte entrañaba renunciar a lo propio, sacrificar libertades y favorecer una forma disfrazada de anexión.

De modo que, en lo que se recibía el tratado de Washington y el Legislativo mexicano lo aprobaba, Arista actuó con energía: prohibió el arribo de barcos extranjeros al istmo y advirtió en contra del traslado de colonos a la región. No flaqueó ni cuando la TRC continuó con sus labores y siguió mandando trabajadores y suministros,³⁵⁵ ni cuando el Departamento de Estado —influido por los empresarios— le advirtió que la comunicación entre el grupo explorador y las ciudades de San Francisco y Nueva Orleans debía permanecer abierta, pues, de lo contrario, lo haría responsable por cualquier daño.³⁵⁶

Benito Juárez, gobernador de Oaxaca, recibió órdenes de parar la obra en Tehuantepec y, de ser necesario, expulsar a quienes intervenían en ella.³⁵⁷

³⁵¹ *Ibid.* pp. 24-26, 50-52, 69-71 y 129-139.

³⁵² De la Rosa a Webster, Washington, 3 de julio de 1851, México, 3 de agosto de 1851, "Message", serial 621, pp. 80-84.

³⁵³ Letcher a Clayton, Washington, 24 de junio, 13 de julio y 13 de agosto de 1850, despachos núm. 29, 30 y sin número y "Convention", México, 25 de enero de 1851, "Message", serial 621, pp. 20, 23, 27, 47-50.

³⁵⁴ Hargous a Webster, Washington, 20 de febrero de 1851 y Webster a Buckingham Smith, Washington, 5 de mayo de 1851, "Message", serial 621, pp. 43-44, 46-47.

³⁵⁵ "Message", serial 621, p. 52 *passim*; "Report", serial 631, pp. 10-11.

³⁵⁶ "Message", serial 621, pp. 46-47, 50-52, 80-84, 88; "Colonias de Tehuantepec", *El Universal*, México, 28 de junio de 1851 en National Archives of Washington (en adelante NAW), *Despatches*, rollo 15, vol. 14, anexo al despacho 70.

³⁵⁷ "Message", serial 621, pp. 46-47, 50-52, 80-84, 88; "Colonias de Tehuantepec",

Asimismo, en lo que fue un gran esfuerzo para un Tesoro vacío, se decretó la fundación de cuatro colonias militares, reconstruyó y armó un fuerte, llevó el cuartel de la comandancia de Veracruz a Acayucan, desplegó tropas, alistó a la guardia nacional de los estados vecinos, repartió armas, situó a tres buques de guerra en la boca del río Coatzacoalcos e incautó las barcasas de la compañía. También se quitó el exequátur a los cónsules estadounidenses en Tehuantepec y Minatitlán.³⁵⁸

Arista y su gabinete fueron aún más definitivos. Poco antes del arribo del Tratado de Tehuantepec, el presidente publicó el decreto del Congreso que anulaba la concesión de Garay.³⁵⁹ De esta manera, desapareció todo sustento jurídico de la TRC.

Inquieto por estos sucesos,³⁶⁰ Daniel Webster, el secretario de Estado, envió nuevas instrucciones a Letcher. Le pedía que primero acudiera a la persuasión.³⁶¹ Si no servía, que se valiese del soborno, ya que México estaba en tan mala situación que su gobierno estaría dispuesto a cooperar.³⁶² Poco después le ordenó que, de no obtener una buena respuesta, amenazara con “consecuencias muy serias”.³⁶³

El Universal, México, 28 de junio de 1851 en *NAW, Despatches*, rollo 15, vol. 14, anexo al despacho 70.

³⁵⁸ “Message”, serial 621, pp. 89-93, 95-96, 98-100; “Colonias de Tehuantepec”, *El Universal*, México, 28 de junio y 2 de agosto de 1851, anexos a los despachos núm. 70 y 78, y Smith a Webster, México, 4 de agosto de 1851 en *NAW, Despatches*, rollo 15, vol. 14.

³⁵⁹ “Decreto”, México, 22 de mayo de 1851, “Message”, serial 621, p. 5.

³⁶⁰ Webster a Fillmore, Franklin, New Hampshire, 19 de agosto de 1851 en *Shewmaker, Papers*, 1987, pp. 567-568.

³⁶¹ Webster a Letcher, Washington, 18 de agosto de 1851, “Message”, serial 621, pp. 93-95.

³⁶² Webster a Fillmore, Franklin, New Hampshire, 10 de agosto de 1851 y Webster a Letcher, Franklin, New Hampshire, 16 de agosto de 1851, carta privada en *Shewmaker, op. cit.*, pp. 571-573.

³⁶³ Webster a Letcher, Washington, 22 de diciembre de 1851, carta privada en *Shewmaker, op. cit.*, p. 599.

JOSÉ FERNANDO RAMÍREZ Y EL ÉXITO
DE UNA ESTRATEGIA

Más allá de lo que el gobierno de Arista creyera, la aprobación y ratificación del Tratado de Tehuantepec por los poderes mexicanos habría sido un grave error político. Se le oponían “el clero, la prensa, ambas cámaras del Congreso, cada uno de los partidos políticos, cada facción y fragmento de facción en todo el país”.³⁶⁴

Para evitarlo, José Fernando Ramírez, nuevo ministro de Relaciones, estudió los informes sobre el istmo que le suministró el mismo presidente —poco antes ministro de guerra.³⁶⁵ También confió en los despachos de Luis de la Rosa, nuestro enviado en Washington que los retos de la TRC y la presión del Departamento de Estado sólo buscaban amilanarlos y que el presidente Fillmore (del Partido Whig) no tenía la menor intención de arrebatar algún territorio o emprender una guerra contra México.³⁶⁶

Ramírez puso también audacia y temeridad, junto con —como dijo él mismo— “un recto buen juicio, un verdadero e ilustrado patriotismo y la fortaleza necesaria para resistir a algunas exageradas pretensiones”.³⁶⁷ Así, afirmamos que trazó y ejecutó un programa de política externa, que, al menos a corto plazo, derrotó la empresa y canceló la posible intervención estadounidense. Gozó siempre del apoyo de Arista y del resto del gabinete.³⁶⁸

Ramírez era un liberal moderado, marcado por la última guerra que, como muchos de su generación, había resuelto que Estados Unidos era un país admirable y digno de imitación, pero también una amenaza para la independencia y la soberanía nacionales.³⁶⁹ No se dejó abrumar por los hechos. Apostando a que las amenazas externas tenían un límite, se negó a seguir con el tratado en curso pues estaba cierto de que el Congreso lo iba a repudiar con

³⁶⁴ Letcher a Webster, México, 29 de octubre de 1851, “Message”, serial 621, pp. 109-111.

³⁶⁵ González, “José”, 1898, pp. V-XLVII, pp. XII-XII.

³⁶⁶ De la Rosa a Mariano Yáñez, Washington, 22 de marzo de 1851 y De la Rosa a Mariano Macedo, Washington, 8 de julio de 1851 en Archivo Histórico Diplomático Mexicano (en adelante AHDM), L-E-1510, notas reservadas núm. 7 y 17, f. 121, pp. 215-216.

³⁶⁷ Ramírez a José Miguel Arroyo, México, 22 de agosto de 1852 en NAW, *Despatches*, rollo 16, vol. 15, anexo al despacho núm. 21.

³⁶⁸ Ramírez, *Memorias*, 1853, pp. 350, 399-402.

³⁶⁹ Suárez, “Punzante”, 1994, pp. 73-106.

estrépito.³⁷⁰ De modo que, para evitarlo, así como la seguida indignación de Washington, propuso enmendarlo o hacer otro.³⁷¹

A lo largo de varias reuniones con Letcher, Ramírez fue prudente, pero enérgico: le aseguró que México estaba a favor de la obra interoceánica, pero jamás aceptaría a la TRC.³⁷² Se valió de armas legales y razones jurídicas, sin dejar de recordarle la historia de Texas al igual que las últimas invasiones filibusteras en el norte de México y Cuba. Se dio incluso el lujo de explicarle que, como estaba, el Tratado de Tehuantepec provocaría conflictos internos en su propio país, los cuales podrían llevar a una guerra civil.³⁷³ Como creía que las naciones no pelean siempre “para vencer”, sino para mostrar que no se las puede “atropellar impunemente”,³⁷⁴ advirtió que si los agentes de la empresa osaban regresar a México, se les trataría con el rigor que otorgaba el derecho internacional.³⁷⁵

Letcher tuvo que aceptar sus demandas y firmó un protocolo, en el que se postergaba la fecha límite para la ratificación hasta el 8 de abril de 1852, se asentó que seguía el diálogo. Fue inútil, pues cada parte se aferró a su posición,³⁷⁶ pero se logró demorar la ruptura y ganó tiempo para reunir recursos y hacer otras maniobras.

La segunda etapa de la lucha por cancelar el tratado comenzó con la aparición de un folleto de veintiocho páginas, en el que Ramírez ofrecía su versión de la “cuestión de Tehuantepec”, como ya se la conocía, y resaltaba los derechos de México.³⁷⁷ Quería impedir “el fuerte sacudimiento” que ocurriría a los vecinos del norte cuando supieran que el tratado había sido rechazado.³⁷⁸ Pero la circulación del folleto entre los miembros del cuerpo diplomático in-

³⁷⁰ Ramírez a De la Rosa, México, 2 de octubre de 1851 en Ramírez, *Memorias*, 1853, p. 354.

³⁷¹ Ramírez, *Memorias*, p. 355.

³⁷² “Message”, serial 621, pp. 100-110, 115-125.

³⁷³ Ramírez, *op. cit.*, pp. 357, 383 y 493.

³⁷⁴ Citado en Ramírez, *op. cit.*, 1853, p. 383.

³⁷⁵ Ramírez a Letcher, México, 13 de diciembre de 1851 en NAW, *Despatches*, microfilme M97, rollo 16, vol. 15, v. 15, anexo 3 al despacho núm. 101.

³⁷⁶ “Message”, serial 621, pp. 100-103, 112-124; Ramírez a Letcher, México, 28 de octubre de 1851 en NAW, *Despatches*, microfilme M97, rollo 15, vol. 14, anexos al despacho núm. 97 y “Report...”, serial 631, pp. 11-14.

³⁷⁷ *Memoria*, 1852, *passim*.

³⁷⁸ *Memorias*, 1853, pp. 495 y 596.

dignó tanto al ministro de Estados Unidos, que exigió el inmediato envío del tratado al Congreso, tal como estaba. Ramírez quería que pasara el plazo para la ratificación, pero debió acceder. Sucedió lo que sabía que iba a suceder: con setenta y un votos en contra y uno a favor, el 6 de abril la Cámara de Diputados rechazó el tratado.³⁷⁹

Las relaciones Letcher-Ramírez se volvieron muy difíciles.³⁸⁰ Por eso, el secretario de Relaciones prefirió trasladar la acción a Washington. Como De la Rosa quería regresar, se nombró como sucesor a Manuel Larrainzar, quien debía explicar y sostener la postura de México, a saber, reiterar el rechazo de la TRC, pero también el deseo de impulsar la obra interoceánica, de acuerdo con Estados Unidos.³⁸¹

El golpe definitivo de Ramírez en la lucha contra la TRC y sus aliados políticos fue abrir a concurso la apertura de la ruta. Al poco autorizó la formación de una compañía nacional, que podría aceptar socios extranjeros. A fines de julio dio a conocer las bases para presentar las posturas, en septiembre formó una comisión para que las calificara y preparase un contrato. A fin de mitigar la tensión con Estados Unidos, pidió que se admitieran posturas de ciudadanos de este país.³⁸² Así se presentaba a Washington un *fait accompli* en forma de otro pacto, a la vez que probaba el empeño modernizador del régimen, por encima del interés egoísta de unos cuantos negociantes, quienes no sólo estorbaban la relación bilateral sino que también obstruían el progreso.

EL DESENLACE

Mientras desarrollaba su estrategia, Ramírez vivió entre dos fuegos: por un lado, la oposición interna al proyecto; por el otro, las presiones del gobierno de Fillmore que, para lograr sus fines, acudió a otros recursos. Tal vez con la

³⁷⁹ Letcher a Ramírez, México, 2 de abril de 1852 y a Webster, México, 8 de abril de 1852, "Message", serial 621, pp. 128-139.

³⁸⁰ "Report", serial 631, pp. 14-19.

³⁸¹ Ramírez a Manuel Larrainzar, México, 2 de abril de 1852 en AHDM, L-E-1201, f. 14-17; Ramírez a Larrainzar, México, 24 de abril de 1852 en AHDM, L-E-1511, nota reservada núm. 3, f. 7.

³⁸² Letcher a Webster, México, [mayo de] 1852], Mariano Arista a Ramírez, México, 15 de mayo de 1852 y *El Monitor Republicano*, México, 3 de septiembre de 1852 en NAW, *Despatches*, microfilme M97, rollo 16, vol. 15, despacho núm. 8, anexo y anexo al despacho núm. 2.

idea de que el trato directo entre los dos presidentes favorecería un arreglo, Fillmore escribió a Arista, recordándole el alcance de la obra, urgiéndolo a evitar los problemas que surgirían si no se respetaban los derechos de la empresa e insinuándole de forma velada las peligrosas secuelas.³⁸³

El portador de la carta fue William M. Burwell, un agente especial y confidencial. Su misión era llegar a la capital mexicana antes de que acabara la prórroga, a tiempo para persuadir al gobierno de que olvidara su rechazo.³⁸⁴ Se le autorizó ofrecer otro soborno, aunque se le brindó el apoyo del vapor de guerra *Fulton*, que le aguardaría veinte días frente al puerto de Veracruz, lo cual —se esperaba— sería bastante intimidatorio.³⁸⁵

La visita de Burwell no sirvió de nada, entre otros motivos, porque llegó a los nueve días.³⁸⁶ Arista sólo lo aprovechó para enviar su respuesta a Fillmore; en ella, a fin de paliar los problemas, se comprometía a emprender la obra tehuana.³⁸⁷ No fue sino cuando en Washington quedó claro que México no daría marcha atrás, sólo mudaría de actitud presionado por las armas, que la “cuestión de Tehuantepec” —al menos en su primera etapa— se pudo dar por concluida. Fillmore se negó rotundamente a llegar a una guerra: a su juicio, había hecho todo lo que debía y podía por la empresa; ésta debería conformarse con una compensación.³⁸⁸

SÓLO UNA IDEA

Arista se pregunta si destapa la jaula, pero piensa que mejor no, apenas pasan de las seis y, aunque haya llegado abril, el canarito puede coger frío. Por su parte, es inútil que se acueste de nuevo, como suele decirse: *nomás* daría

³⁸³ Fillmore a Arista, Washington, 19 de marzo de 1852, “Message”, serial 621, pp. 157-159.

³⁸⁴ William Hunter a Letcher, Washington, 22 de marzo de 1852 en NAW, *Diplomatic*, microfilme M77, rollo 112, vol. 16, instrucción núm. 90.

³⁸⁵ Hunter a William Burwell, Washington, 22 de marzo de 1852 en NAW, *Diplomatic*, microfilme M77, rollo 112, vol. 16, instrucción sin número.

³⁸⁶ Burwell a Webster, Washington, 12 de mayo de 1852 en NAW, *Despatches*, microfilme M37, rollo 9, vol. 19.

³⁸⁷ Arista a Fillmore, México, 15 de abril de 1852 en NAW, *Notes*, mf. M54.

³⁸⁸ Fillmore a Webster, Washington, 20 de mayo de 1852 en C.H. Van Tyne, ed., *The Letters of Daniel Webster from documents owned principally by the New Hampshire Historical Society*, Nueva York, McClure, Phillips & Co., 1902, p. 527-528.

vueltas y todo lo vería peor. Si por suerte lograra conciliar el sueño sentiría otra vez la angustia de la derrota, no de cualquier derrota, sino de la última, la final. Se dice que no es posible seguir de esa manera, tiene que hacer algo, organizar sus ideas, tomar decisiones, sólo así recuperará el sosiego. Y reniega: *Si por mí fuera, carajo, ya me encontraría yo en Minatitlán, listo para combatir y caer junto a los defensores del fuerte*. Pero no, su posición se lo impide, se ha convertido en el primer prisionero de la nación, no le resta más que permanecer en palacio y aguardar allí las noticias que logren remitir quienes estén al cargo. Respira profundo y murmura: *Debo calmarme, el país continúa en paz, mientras yo viva, algo podré hacer*. Ordena que le lleven el traje de general, con todas sus medallas y la banda de presidente. Sacará fuerzas de donde sea, y el rango y las condecoraciones le ayudarán, son suyas, después de todo, sudor, sangre, e incluso lágrimas sellaron su posesión, y en este mundo y en el otro son muchos quienes pueden dar testimonio de ello.

Después de arreglarse con cuidado, Arista da un trago al café que le acaban de poner sobre la mesilla de noche, elige un bizcocho del cesto colocado junto a la taza, lo muerde, es inútil, no pasa bocado, y murmura *¡putamadre, yo nunca he dejado de comer!* Acaso es porque que en esta ocasión a él le corresponde el principal deber. No queda más que enfrentar el problema, pero resuelve sacar antes la jaula del cuarto y, con ella en brazos, poco a poco para no asustar a su huésped, recorre galerías y pasillos guardados por soldados y, ya en su despacho, la cuelga de otra percha, allí, junto a la ventana, a donde más tarde pegará el sol.

Se arrellana en seguida en una butaca, reclina la cabeza contra el respaldo y ahora sí da espacio a sus reflexiones. Es claro que no hay remedio, la cámara dio su dictamen, es verdad que él podría anular el decreto y contentar de esa manera a los gringos de mierda, pero no, no quiere, no va a actuar como un dictador. Una cosa es que en el pasado hiciera sus negocitos, todos extraen ventajas de sus puestos y él también ha tenido sus necesidades, otra dar un golpe de Estado, eso sí sería demasiado. No importa que los pinches diputados hayan metido la pata, tuvieron que haber pospuesto el rechazo del tratado para permitirle ganar tiempo, pues lo que quisieron impedir sucederá de todas maneras, y por la mala: los americanos van a ocupar el istmo en cuanto se enteren de que la votación fue en su contra, y construirán sin tardar el ferrocarril transoceánico.

Arista se incorpora bruscamente, casi violento, y recorre el despacho de un lado a otro. Es terrible, perdió la serenidad, él que siempre supo conservarla,

ya no se diga en el frente que al fin ése es su lugar, sino en momentos más profundos, en las batallas más íntimas, en las que su educación y su conciencia entraron en conflicto. Por su mente pasan las disputas familiares, cuando abandonó el hogar para sumarse a las filas independentistas, y más tarde la decisión del divorcio, los ataques del clero, y desde entonces la condena social por vivir con una mujer que no es su esposa, no entienden que, la mera verdad, a ella es a la única que él quiere.

Se acerca al escritorio, agita una campana con fuerza y ordena mandar recado al Lic. Ramírez, que lo despierten si está dormido, el presidente lo espera, que no se demore, es urgente, toda vez que la situación es grave y hay mucho que resolver. Piensa si no sería mejor llamar al secretario de guerra, no al de relaciones, pero reconoce que todavía espera un milagro, y Ramírez es el único que puede lograrlo, él que tanto presume de ser moderado y amigo de la paz, no deja de decir que antes que romper hay que desatar.

El escritorio parece llamarlo al trabajo. Se sienta frente a él, toma una hoja del cartapacio forrado en tafilete, moja la pluma en el tintero y se pone a apuntar todo lo que ha de hacerse en caso de conflicto, nadie mejor que él que conoce al enemigo, igual que al medio militar, lo último es indispensable, en él hay que manejarse con maña, el poder dura en México mientras el ejército lo quiere. Será necesario concentrar a la tropa, moverla desde puntos lejanos y distintos, acarrear voluntarios, esto complica las cosas, sencillo es sacar a los presos de las cárceles y reclutarlos, el problema se halla en los pueblos, los campesinos se esconden en cuanto se anuncia la leva y capturarlos se vuelve imposible. Habrá que entrenar a los nuevos, enseñarles siquiera a marchar, darles fusiles, eso, si se consigue dinero, lo que se tiene apenas alcanza para pagar los sueldos, y sobra soñar con que la Iglesia y los prestamistas quieran cooperar, más vale que sea previsor y no cuente con lo que no hay. La flota se colocará frente al Coatzacoalcos, seguro que el enemigo apostará allí su escuadra, pero qué dice la flota, más bien los tres vapores y la lancha cañonera disponibles, que los demás puertos se las arreglarán como deban, o más bien como puedan.

Arista escribe un rato largo, sólo se oye el roce de la pluma sobre el papel. Lo hace con prisa, tacha, pone cruces y rayas, apunta en los márgenes y por atrás, se regresa a veces, todo debe quedar registrado. Advierte que falta orden, es como un rompecabezas, pero no importa, luego se podrá armar. Anota las tareas de sus ministros: que Ramírez persuada a los gobernadores para que cooperen, convenza a las potencias europeas de que México está a

punto de desaparecer, son tareas tan delicadas que, ¡carajo!, él como militar sería incapaz de atender.

Lleva ya varios pliegos cuando lo sorprenden ocho campanadas que repican en catedral. Discurre si enviar otro recado cuando oye los cascos de dos caballos y el sonido de ruedas sobre el empedrado. Se levanta y camina hacia la ventana, ve un coche que rodea la plaza rumbo a palacio. Lo sigue con la mirada hasta que se detiene, observa que alguien con un traje oscuro desciende a toda prisa y habla con el guardia que cuida la puerta principal. Es don José Fernando Ramírez, tiene cara de haber mal dormido, debe estar tan preocupado como él.

* * *

Ramírez entra en Palacio y se dirige a la escalinata central. Mientras asciende, se endereza el moño de la corbata, con las prisas apenas pudo afeitarse, vestirse y beber un pocillo de café. El mensaje de don Mariano era tan urgente que le llamaron de inmediato. ¡Y vaya que despertar le costó trabajo! La noche anterior se había propuesto acomodar su biblioteca, vaciar los veinte cajones con libros y manuscritos que su mujer le mandó de Durango, *mi predilecta mitad*, había explicado a sus amigos refiriéndose a los primeros y no a la segunda, los cuales seguían empacados hasta ese momento pues sus obligaciones le impedían hacer todo lo que deseaba. Era cierto, algún empleado de la secretaría pudo ayudarlo, pero temblaba al imaginar que dejase los ejemplares en desorden o maltrechos y, si era un poco listo, malbaratará uno o varios con alguno que tuviese intereses parecidos a los suyos. Apenas empezaba a acomodarlos en los estantes cuando sus manos y sus ojos tropezaron con el manuscrito que acababa de adquirir, y al cobrar conciencia faltaba poco para el alba, tenía varias horas ocupado en la transcripción. Siempre le sucedía lo mismo, el tiempo se escurría cuando esa letra lo atrapaba, descifrar lo escrito en los siglos pasados era su reto y a la vez su placer.

La mirada de Ramírez se encuentra entonces con la figura del general, quien lo aguarda al término de la escalera, erguido, atildado, todo en rojo, azul y oro, se atrevería a jurar que perfumado, sólo necesitaba el bicornio, las charreteras, además la espada, para marchar al combate. Se ve seguro y animoso, pero conforme se acerca a él la inclinación de los hombros, el brillo de las pupilas, todo su cuerpo revela sus temores. Ramírez reconoce: *La situación es difícil, qué diablos, el país sucumbirá si estalla otra guerra, pero no*

todo está perdido, algo voy a intentar, claro, el asunto es qué. Por lo pronto se propone calmar al presidente, recordarle que la campaña electoral en los Estados Unidos se ha complicado, la oposición va a ganar, el gobierno tiene otros pendientes, para cuando los resuelva los meses habrán pasado, en ese tanto se apagará la indignación contra México.

En cuanto llega a su altura, Arista le estrecha la mano y casi lo empuja hacia el despacho. Apenas le permite hablar. Es claro que se siente desesperado, debe hacer algo o va a explotar, pero así no sacará nada, debe ser paciente, lo bueno es que él es derecho, va a respetar la voluntad del pueblo: setenta y siete votos contra uno son para tomarse en cuenta, por quedar bien con los gringos no fraguará un cuartelazo o tomará una medida anticonstitucional. El presidente le señala un sillón y le pasa el documento que está sobre el carapacio: —*Licenciado, ya sabe cómo están las cosas, parece no haber más salida que la bélica, hay que prepararse, aquí he apuntado lo que se ha de hacer, algo le toca a usted, revíselo y dígame qué opina, qué falta, qué sobra, sea sincero, como siempre.*

Ramírez trata de concentrarse, pero es difícil, el documento es enrevesado, sus renglones desiguales y torcidos, las letras trucas y confusas, la ere es como una ene, la ese como una jota, y en cuanto a los números el cero parece seis, el cuatro siete, y por ahí se podría seguir. Arista también lo distrae, no se está quieto, atisba y destapa una jaula, limpia con cuidado los trastes con el alpiste y el agua, los llena de nuevo y extiende después algunas hojas de lechuga contra los barrotes. El colmo es cuando se dirige al canario con voz de niño, le dice frases sin sentido, hace ruidos incomprensibles, parece un loco, no es creíble que un soldadote como él se comporte de esa manera.

Ramírez regresa al texto, trata de entenderlo, no, es inaccesible, caramba, el manuscrito que paleografió la noche anterior era más sencillo. Por un rato simula, pero no debe alargarse demasiado, qué va a decir, la verdad sería ofensiva. De repente se le ocurre una idea, eso es, ¡ya sabe! Sí, todo es cuestión de enviar una nota que confunda a los gringos, donde se les conceda la razón pero se defienda la propia, se les ofrezca amistad igual que acatar la ley, se acepte la modernidad aunque al estilo propio. Mientras más lo piensa más se convence, esos tales por cuales se van a desconcertar, son tan obtusos que quizá se lo lleguen a creer, querrán dar sentido a oraciones que no lo tienen, consultarán a traductores y especialistas; al fin, cuando piensen que ya reunieron todos los cabos sueltos, el tiempo habrá pasado, 1852 habrá terminado, luego se proclamará otro gobierno, y después ya dirá Dios. Sí, vale la pena

intentarlo, y que sea Arista quien firme la nota, no, mejor todavía, quien la escriba.

Ramírez explica su plan a Arista, no todo, claro está, pero sí la mayor parte, es persuasivo aunque tiene la seguridad de que es innecesario, el presidente es un hombre de armas que prefiere renunciar a ellas, le trastorna no contar con una mejor solución.

* * *

Arista escucha atentamente, siente que los nervios se aflojan, que libera la carga, esa noche sí podrá descansar. Sus ojos se clavan en Ramírez, parece que lo vieran por primera vez. Sí, la idea es buena, muy buena, cómo se le habrá ocurrido al licenciado, en fin, no importa, lo que cuenta es que sí, que acaso pueda servir.

* * *

Los dos hombres se ríen, alegres con el trino del canario que, saciado, parece jugar con un rayo de sol.

—*Señor presidente, empecemos ahora, no hay que aguardar, yo dicto, usted lleve la pluma, al terminar tomaré medidas para que un correo especial viaje a Washington.*

—*Licenciado, no sé usted, pero yo tengo hambre. Deje que me quite este saco, la banda y también las medallas, estorban mucho, me desagradan. Acompáñeme luego a almorzar, unos huevos con chorizo, chilaquiles, una taza de chocolate nos caerían más que bien, después haremos la carta, que la guerra y la paz esperen un rato, se puede, ahora veo que sí.*